

MIGUEL GONZÁLEZ SAN MARTÍN

Inglaterra

## ÍNDICE

- Inglaterra, 11
- El cielo raso, 25
- Tareas en el jardín, 29
- Correr el mundo, 37
- Lecciones de baile, 49
- Volodya, 75
- La cabria de la Naval, 99
- El gesto, 119
- North Stoneham, 149

*Leemos tus libros cuando llegan al cielo.  
Apenas una mención a nosotros, apenas una mención a  
tu hermana.*

*[...]*

*Escribo sobre vosotros todo el tiempo, dije en voz alta.  
Todas las veces que digo «yo», me refiero a vosotros.*

LOUISE GLÜCK

## INGLATERRA

### 1

NUNCY LLEGABA A CASA A eso de las tres. Flora unas veces la esperaba para comer y otras iba recogiendo la cocina mientras Nuncy comía y contaba cosas del trabajo. Flora escuchaba y no escuchaba, estaba más a lo suyo, prestaba una relativa atención a las pequeñas peripecias que se habían resuelto finalmente de una manera u otra, asuntos que, la verdad, no le interesaban gran cosa, le parecían siempre los mismos a pesar del empeño de Nuncy en explicar las novedades. Flora atendía al relato por lo que tuviera que ver con las personas a quienes pudieran afectar esos asuntos y con el trato entre los compañeros de la oficina. De vez en cuando hacía alguna pregunta para demostrar que estaba atenta, sabía que a Nuncy le gustaba su trabajo, a todo le veía la gracia, y no quería parecer indiferente. Desde hacía un tiempo Nuncy contaba como de pasada, sin dramatismo, pequeñas humillaciones que seguramente no refería con detalle, guardándose para sí la parte menos airosa. No había en sus palabras rencor sino asombro y tristeza.

—No le des importancia —le decía Flora. En todos los trabajos toca aguantar.

Más que con el trabajo, su inquietud tenía que ver con las compañeras más jóvenes, que iban a lo suyo sin importarles dejarla en mal lugar cada vez con mayor frecuencia con los vetera-

nos, que parecían haber olvidado, tras una vida entera trabajando juntos, la consideración que se había ido ganando con el tiempo, haciendo bien las cosas.

—Es ley de vida —decía Flora, pero le entristecía la extrañeza de Nuncy, quien pensaría que se trataba de una mala racha y las cosas volverían a ser como fueron en las épocas en las que le encargaban trabajos largos y difíciles para demostrar la confianza que tenían en ella, trabajos que a menudo se llevaba a casa por las tardes.

Los jefes la felicitaban por su competencia y en muchas ocasiones le pedían su opinión antes de tomar decisiones importantes. Flora se figuraba que esos tiempos no iban a volver; las cosas, por el contrario, seguramente irían a peor. Nuncy se estaba haciendo mayor, y en la oficina lo notaban especialmente. A Flora le daba coraje que la gente fuera de ese modo, que su hermana siguiera llevándose trabajo a casa sin darse cuenta de que ya, hiciera lo que hiciera, no recuperaría nunca la consideración que tuvo. Le irritaban aquellas chicas nuevas de las que Nuncy habló con afecto cuando llegaron y en seguida se puso a enseñarles con paciencia cuanto sabía, lo que había ido aprendiendo a lo largo de toda una vida, que no solo consiste en procedimientos administrativos, también el modo de afrontar las cosas con serenidad y solvencia, sabiendo que con dedicación acaban sacándose adelante. Unas chicas a las que seguramente protegió mientras cometieron errores hasta que se fueron sintiendo seguras. Las mismas, pensaba Flora, que ahora harían bromas a su costa cuando olvidara alguna cosa, malinterpretara los datos o no encontrara los documentos con la antigua rapidez.

—Las cosas suelen ser así —dijo Flora, y pensó que Nuncy se estaba haciendo mayor, ambas se estaban haciendo mayores, por mucho que se hubieran instalado en una rutina protectora, como si las cosas fueran a permanecer igual que estaban mientras ellas hicieran lo mismo todos los días. La rutina organizada era eficaz de un día para otro, evitaba hacerse muchas preguntas, pero el tiempo iba pasando cada vez más deprisa.

Por la tarde caminaban hasta las primeras casas de Pobeña, unas veces por el muro del río, otras por la orilla de la carretera. En ocasiones se juntaban con vecinas que hacían el mismo recorrido. Se fijaban en todo, tenían interés por los más pequeños cambios en un pueblo sin grandes novedades. A la vuelta, Flora calcaba sobre tela unas letras con mucho dibujo, con un lapicero grueso y azul, y luego las rellenaba con hilo hasta conseguir adornados relieves sobre los juegos de cama, faldones y mantelerías que bordaba por encargo para una tienda buena de Bilbao, donde acudía puntualmente una vez por semana. Nuncy repasaba el periódico y de vez en cuando leía alguna noticia en voz alta. Más tarde se ponía con un libro o con los papeles de la oficina.

—Crearás que te lo van a agradecer —decía Flora, aunque supiera que esa frase le pinchaba a Nuncy como si le clavaran un alfiler.

Nuncy no se molestaba ya en convencerla de que no era eso, de que no lo hacía para que nadie se lo agradeciera.

—Porras —decía sin más.

A eso de las seis o las siete preparaban la merienda, a la que solían sumarse algunos invitados de la familia, a veces también vecinas de mucha confianza. La hacían a la manera de Inglaterra, el té muy aguado, preparado en una tetera de porcelana que ponían primero a calentar solo con agua, como debe ser, sándwiches de queso o fiambre con lechuga y tomate, bizcocho esponjado, sin apelmazar, con la corteza crujiente, hecho en casa, galletas de mantequilla compradas por Flora en alguna tienda de Bilbao o preparadas por Nuncy en días en los que tenía repentinos raptos de actividad y entusiasmo, siguiendo las recetas de su colección de revistas inglesas de repostería, punto y ganchillo. Las revistas daban un aroma inconfundible a las estanterías. Las compraba con el pretexto de no olvidar un idioma que habían aprendido razonablemente en aquellos dos años que pasaron en Inglaterra, seguramente los más importantes de sus vidas, que les marcaron para

bien y para mal, pero de los que no renegarían por nada del mundo. El cambio tal vez les complicó la adaptación a la vida corriente, a su regreso, aunque no dieran señales que pudieran interpretarse de ese modo. Mantenían lo que se podría considerar una discreta vida rural a la inglesa, sin extravagancias, corriente, sin dar la nota.

Un día Nuncy volvió de la oficina con un humor excelente. Tenía la risa fácil por las cosas más ligeras, aunque también podía ser renegona, pasar un buen rato refunfuñando porque le tocaba hacer alguna de las tareas que en el fondo hacía con el mayor interés, como planchar, actividad en la que desarrollaba toda la paciencia y minuciosidad del mundo: pasaba la plancha con sumo cuidado por los cuellos de las camisas, los plisados, doblaba con delicadeza cada prenda hasta dejarla de un modo similar a como saliera de la tienda, paciencia que nunca le hubieran supuesto quienes le oyeran refunfuñar sin conocerla. O cuando preparaba la merienda. Había que oírla cada tarde protestar por que siempre se le reservara esa tarea y, sin embargo, todos sabían que se habría sentido desposeída en el caso de que alguien la relevara.

—Ha llegado una carta de Sátor —dijo, y dejó la frase en el aire.

Flora siguió recogiendo la cocina, esperando a que Nuncy acabara de contar lo que estaba deseando contar y que seguramente había decidido soltarlo poco a poco para mantener el interés.

—Sátor, el de Inglaterra —se impacientó Nuncy ante el silencio de Flora.

—¿Y qué dice? —preguntó Flora adoptando un tono como si fuera lo más natural, como si todos los días recibieran carta de alguno de los niños que estuvieron con ellas en Inglaterra.

Habían transcurrido cincuenta años para todos, como en aquellos problemas de aritmética que tan mal se le daban a Flora mientras Nuncy los sacaba a la primera. Nuncy se desgañitaba sin éxito en hacerles comprender, a Flora y el resto de los compañeros de clase, que el secreto estaba en que el tiempo transcurría por igual para los dos trenes que salían de diferentes estaciones hasta

## EL CIELO RASO

TENÍAMOS QUE PASAR A SU lado para ir a la escuela. El atajo discurría bajo eucaliptos y desembocaba en el lugar donde se habían puesto. El hombre era alto, flaco, desgarbado. Llevaba un corte de pelo de aquellos que los barberos de entonces llamaban «de peinar»: pasaban la maquinilla al dos por las sienes, por detrás de las orejas y hasta el cogote, y dejaban unos largos mechones sobre la frente que luego ellos lanzaban cada día, remojados en agua o brillantina, con surcos marcados por el peine, hacia la nuca. Fumaba pensativo, sentado en un sillón de terciopelo granate.

La carretera pasaba medio metro por encima de donde estaban. Los chóferes de los lentos camiones que dejaban a su paso un aire sucio y un olor a gasoil mal quemado se les quedaban mirando mientras subían la cuesta. Él también parecía mirar con interés los coches y camiones, pero en realidad no miraba a nada. Hay gente que parece pensativa cuando en realidad no piensa en nada, y al revés.

Llamaba la atención la quietud de aquel hombre. Me imaginaba a mi madre en una situación similar. Repetiría sin duda nerviosamente alguna jaculatoria. Mi padre estaría callado como él, pasearía atrás y adelante con las manos cogidas en la espalda, no sé si callado para no contagiarnos la preocupación o por su

propio modo resignado de aceptar las cosas con mansedumbre, como fueran viniendo.

La mujer tenía la mirada absorta y el gesto inexpressivo. Hacía la cama, cepillaba la ropa, pasaba el trapo de polvo sobre los muebles de aquella habitación sin paredes ni techo en la que debieron de vivir una o dos semanas. Se movía con automatismo lento. Abría y cerraba los cajones de la cómoda, ordenaba los pocos objetos que tenían. Llevaba una melenita de pelo lacio que le caía en dos o tres ondas desangeladas hasta el cuello, al estilo de algunas artistas de películas antiguas. Trajinaba con el abrigo puesto por la habitación a la intemperie. Al recordarla, pienso ahora que aquella mirada no sería nueva, no solo se debería, seguramente, a la situación extrema en la que vivían aquellos días; es probable que hubiera ido perdiendo brillo y tersura poco a poco desde tiempo atrás, a medida que creciera la sospecha de que la vida, tal y como la había imaginado, solo está en algunas películas o en las novelas con páginas amarilleadas y rastros de saliva que se cambiaban de mano en mano en los tenduchos por unos céntimos. Sus tareas le distraerían seguramente del rocío penetrante de la mañana, de las miradas poco discretas de los chóferes, mientras los camiones subían la cuesta lentamente, de la presencia, aunque fuera por un momento, mientras íbamos o veníamos de la escuela, de los niños que pasábamos por el atajo y cruzábamos el umbral de aquella casa sin paredes ni techo. Se notaría en nuestras miradas la sorpresa y la curiosidad, por más que disimuláramos. Ella interrumpía a menudo sus tareas para mecer la cuna de barrotes o arrebujar al niño, con una frecuencia que no tenía seguramente que ver con el niño sino con su propio estado nervioso.

Nunca supe cómo habían llegado a aquello, los mayores no hablaban con nosotros entonces de esas cosas. Me pareció entender vagamente que el hombre era algo informal en el trabajo y en todo, de poco fundamento, y la mujer carecía de voluntad para encarar las situaciones complicadas.

## TAREAS EN EL JARDÍN

SOLÍA ENCARGARME TRABAJOS. PENSARÍA que los chicos de los pueblos son buenos para las tareas manuales, lo que no siempre es cierto, y no lo era en mi caso. Me esforzaba en partir leña, pintar la valla o podar el seto. No lo hacía por las propinas sino para ayudarla, aceptaba las propinas después de rechazarlas varias veces. Ella no cejaba hasta que no me veía guardar el dinero en el bolsillo, sin pararme a contarlo, naturalmente.

Por complacerla le acompañaba a veces en sus paseos por la antigua vía del tren, que discurre, ya sin raíles, por lo alto de las peñas, sobre el mar. A mí los paseos me habían parecido siempre muy aburridos. Me gustaban los deportes, no los paseos. Como todos los jóvenes de todas las épocas era más partidario de los verbos ir y venir, hacer, imaginar, de que sucedieran muchas cosas que nunca eran suficientes, y menos en un pueblo pequeño como el mío, que de pasear o estar tranquilo mirando el paisaje sin más. Para estar bien sin necesidad de que suceda algo hace falta un largo aprendizaje.

Mirábamos los grandes barcos colgados del horizonte, imaginábamos sus travesías con pocas palabras. No hablábamos mucho, pero me gustaba estar con ella. Habíamos decidido adoptarnos el uno al otro sin decirlo expresamente. Con nosotros, siguiéndonos a unos cuantos pasos lentos, venía el viejo perro gris, de raza mas-

tín, pero con mezcla, que caminaba perezosamente, con bamboleantes zancadas de sonámbulo. A veces ella se quedaba un rato mirando el mar, como si no fuera el mismo de todos los días, y yo fingía que, en efecto, me parecían diferentes el cielo, la espuma, el ruido del agua. Le gustaba atribuirme la sabiduría que a veces tienen los chicos de los pueblos, que saben de pájaros, árboles, cultivos, pesca, del pronóstico del tiempo, pero a la vez esperaba de mí mayor disposición para otras cosas. Me las indicaba apenas, con pocas palabras, me hablaba de ciudades al otro lado del mar que mirábamos, y de otros muchos países, como diciéndome sin decir: vete cuando puedas, pero no te vayas del todo, no cierres ninguna puerta por si acaso, no sea que algún día quieras volver.

Ella se había ido de alguna parte. Alquiló una casa pequeña con jardín en nuestro pueblo y se dedicó a arreglarla como si fuera a quedarse para siempre. Se la veía muy contenta, al principio, sonriente, complacida, algunas veces eufórica. A todo le sacaba partido, todo le parecía bien. Sin embargo, tomó la decisión de marcharse, ya es casualidad, justo cuando hubo terminado de dejar la casa a su gusto, es decir, cuando había llegado el momento de quedarse. Nunca sabré qué pasó, si siempre supo hasta cuándo iba a estar, lo que no impedía que intentara mientras tanto hacer su estancia más agradable, poner las cosas a su gusto, o si fue cambiando de idea a medida que se iba cumpliendo el plan previsto. Tal vez se trató de un presentimiento, sin más, de la repentina convicción de que aquel tampoco era su sitio.

Cuando todo parecía dispuesto para empezar una vida nueva, cambió de pronto de opinión, de una manera radical, como hacía ella las cosas, así que iniciamos la tarea de desmontarlo todo, de reducir a la mínima expresión su equipaje justo tras haber terminado el despliegue de los muebles, las cortinas, los libros, no solo en el interior de la casa, también las plantaciones de árboles y arbustos que alcanzarían su esplendor años después y serían disfrutados por otros inquilinos que vinieran. Era como si hubiera

## CORRER EL MUNDO

EL NIÑO SE ENCUENTRA con la tía Irene. Ella viene en bicicleta, suelta una mano del manillar para saludar mientras sonrío y le grita desde lejos algo cariñoso. Él va a la escuela y ella a la costura. Su tía le parece muy guapa y con mucho estilo. Tiene una melena ondulada, lleva un abrigo de grandes solapas y guantes de lana. Le parece distinguida su manera de bajarse de la bici y mantenerla cogida mientras le besa con fuerza, sonriente, en la mejilla. Es la imagen que le viene a la cabeza cuando piensa en la tía Irene. Su camaradería llega a los primeros recuerdos que consigue alcanzar en la memoria. Venía a la casa del niño a preparar la merienda por su cumpleaños y a montar el belén por Navidad con musgo y espejos. Las figuritas de barro se guardaban metidas en una caja, envueltas en papel de periódico, de un año para otro. La recuerda riñendo un poco cada sábado con el dueño de la tienda de los tebeos donde él hubiera querido comprarlos todos.

—Cómprale otro, mujer, que no tienes más que un sobrino.

—Ah, sí —contestaba ella—, tengo más.

Todos conocían el final de la escena. El niño elegiría tras mucho pensarlo el tebeo de siempre, *El capitán Trueno*. Seguirían después la ronda por las tiendas y el niño se iría rezagando bajo las farolas, se sentaría en el banco de la carnicería, donde se tarda-

ba un rato esperando la vez, el tiempo suficiente para terminar el tebeo. A veces surgía la pregunta.

—¿Qué hace, mira los santos? —decía una señora por decir algo.

Justo lo que la tía Irene estaba esperando.

—Ya, los santos... —decía entonces con retintín, saboreando de antemano la actuación—. Niño, lee.

Y entonces el niño leía como un papagayo, con la entonación debida.

—Jesús, María y José —se sorprendía la mujer como si hubiera asistido a un número de circo—. Pero si es muy pequeño, ¿cuántos años tienes, niño?

—Tres —respondía el niño y entonces la tía Irene explicaba que le había enseñado a leer, en casa, su hermana Nuncy.

Debieron de pasar varios años y algunas aventuras ingratas para que el niño se diera cuenta de que aquellos espectáculos no beneficiaban en absoluto su reputación. Aunque la carnicera reía la gracia, le tendría manía, como seguramente se la tendrían los muchachos con los que la tía Irene se encontraba después. En el recorrido semanal les acompañaba alguna de las amigas de ella, y a veces se quedaban un rato de charla con muchachos de su edad o algo mayores, en una actitud convencionalmente distante y algo burlona. Al fin se despedían y en el camino de vuelta a casa cada una interpretaba a su manera las palabras aparentemente superficiales que ellos habían dicho, sin dejar una. A veces parecían olvidar que el niño estaba en medio de todo. Cuando la tía se daba cuenta de que llevaba un rato sin hacerle caso le preparaba alguna actuación:

—Niño, di la poesía —le pedía, aunque estuvieran delante aquellos muchachos que al niño le parecían, y debían de ser, hombres hechos y derechos.

A él no le gustaba gran cosa aquella poesía, «Margarita, está linda la mar», aunque comprendía el mérito de saberla entera porque era muy larga, pero era como de chicas. Se la había enseñado

## LECCIONES DE BAILE

### 1

PODRÍA ASEGURAR QUE NUNCA he sido tan discreto con nadie como lo fui siempre con el tío Esteban. Hemos mantenido a lo largo de los años una infinidad de conversaciones, con la inusual particularidad de que transcurrieron sin preguntas ni confidencias comprometidas. A los dos nos gustan las historias. Ahora que sale poco procuro llevarle alguna cuando lo visito, sea de la vida real, los periódicos o la literatura.

—¿Cómo la quieres, resumida o al detalle? —le pregunto, una broma privada con solo una respuesta posible.

—Al detalle, con todo —responde indefectiblemente—. Los detalles refuerzan las historias.

Quien cuenta una historia sabe que deja de ser suya. Muchos años más tarde le propuse que volviera a contar la de los holandeses. Él sabe que me gusta escribir, y era una manera indirecta de pedirle permiso para escribirla. Consintió en la escritura, no en la repetición.

—Las cosas no se cuentan dos veces —dijo—. La primera es la buena.

No quiso admitir que hiciera falta una localización más precisa, un pretexto que me inventé para intentar convencerlo. Los buenos narradores no transcriben las historias, dijo, su deber es

fantasearlas. Yo debía centrarme en el relato, no en la verdad, la verdad es tan variable como el punto de vista. Me autorizó a cambiar lo que me pareciera, concediéndome la prudencia de desdibujar escenas, quitar o poner personajes, inventar historias paralelas, mezclar un poco las cosas.

—El resultado no tiene por qué ser literal —dijo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio a los personajes y desde que les escribiera esa carta que no advierte de que es la última, pero cuyo tono expresa la renuncia a seguir por el camino de la repetición, el decaimiento, el desencanto y el olvido.

—Creo recordar que yo hice también una versión de los hechos —dijo—, estiré de aquí y de allá porque escuchabas con interés y no quería decepcionarte. Entre tus cambios y los míos, lo nuevo que imagines y lo que entonces me guardé, habiendo pasado tanto tiempo y siendo todo tan lejano, no creo que nadie vaya a molestarse.

El tío Esteban pasó un año en Ámsterdam y La Haya en los sesenta. Fue a Holanda para ampliar sus conocimientos sobre la compraventa de minerales. A él siempre le pareció que le habían enviado en realidad para un examen de carácter, de saber estar ante los grandes patronos de la compañía internacional para la que trabajaba. Solo si se protegía bien y salía airoso de la prueba le encomendarían la dirección de la sucursal de Bilbao.

—Los del norte nos consideran poco diligentes, desaliñados, charlatanes, bromistas —me dijo, así que él puso mucho cuidado en ser discreto, sin relajarse nunca.

El negocio no tenía demasiado de particular: había que saber de aleaciones, precios, comisiones, fletes, estrategias comerciales. Lo importante era hablar poco y observar mucho, no bajar la guardia en el trabajo ni fuera de él, saber de todos sin preguntarles, procurar que nadie supiera mucho de ti.

—No hay que cruzarse en el camino de nadie, y menos hacerse el listo, es mejor que duden de que lo seas. Les tranquiliza que

## LA CABRIA DE LA NAVAL

FUI A VISITARLE A la cabria una Nochebuena, con mi novia. Queríamos darle una sorpresa. Le llevábamos langostinos y turrón del duro, el que más le gustaba. Teníamos veinte años. Era ya de noche y no se veía a nadie, ni en la grúa flotante ni en los alrededores. Fue muy fácil acercarse al dique. A veces la cabria estaba atracada en el mismo astillero de La Naval, en Sestao, pero cuando no había una tarea específica que hacer la amarraban en la dársena de Axpe. Allí, sin subir a la cabria, pero con un pie en el escalón de hierro, di una voz.

—¡Marinero!

—¿Quién anda ahí? —salió mi padre del camarote malhumorado, haciéndose el duro.

Tal vez se había quedado dormido y elevó la voz para que nadie se diera cuenta, o para infundir respeto a los extraños que anduvieran por allí a deshoras en un día tan especial. Años atrás tuvo un perrillo de aguas que le advertía, ladrando también muy fieramente cuando se acercaba alguien. Compartían la tarea, el perro y él eran los guardianes del turno de noche de la cabria de La Naval. Mi padre hacía siempre ese turno, solo libraba los domingos, le tocaba trabajar el resto del año, incluidos los días festivos que no fueran domingo, incluidas las fiestas de Navidad. En Nochevieja hacía sonar la sirena de la cabria, lo mismo que hacían

los remolcadores y el resto de los barcos de la ría. Entonces pensábamos en él, mi madre y yo salíamos al balcón como los vecinos de la barriada, tocando, como si fueran platillos, las tapas de las cacerolas. En nuestro caso le devolvíamos el saludo. Mi madre también se acordaba de él cuando había tormenta y se asustaba con los truenos y relámpagos o los vientos fuertes.

—Ay, hijo, qué va a ser de tu padre —decía gravemente.

La cabria era una grúa flotante tan alta que para pasar bajo el puente colgante de Portugalete debía inclinar la pluma, que era móvil. En las noches de tormenta, al guardián, además de vigilar, le tocaba asegurar las amarras. Una vez las amarras se rompieron y la cabria, que con toda su imponente estatura no dejaba de ser una balsa metálica, con un peso tan descomunal que parecía milagro que flotara, bajó a la deriva por la ría y él tuvo que usar el bote para alcanzar la orilla. El bote volcó por la corriente y mi padre salió a nado. La grúa chocó contra un muelle, al que hizo una buena mella, y quedó retenida el tiempo suficiente para que consiguieran sujetarla a los norais con nuevas maromas.

—No le cuentes al niño esas cosas —decía mi madre.

Mi madre era muy asustadiza, pensaba que vivimos por casualidad. Mis padres se casaron ya mayores, al menos considerando las costumbres de entonces, y mi madre tal vez temió, siempre temía alguna cosa, que ya no pudiera tener hijos. Puede que esa fuera la razón de que durante toda mi infancia ella tuviera siempre miedo a que me fuera a pasar algo grave que no quería nombrar, porque nunca nombraba la muerte ni llamaba por su nombre a ciertas enfermedades incurables.

—¡Ay, hijo de mi vida! —podía gritar mi madre, sintiendo angustia verdadera, si yo tropezaba por las escaleras o llegaba a casa cojeando un poco porque me había torcido el tobillo jugando al fútbol.

De niño me asustaban más esos lamentos desgarrados que los peligros o la misma muerte que, en efecto, es sabido que nos acecha con sus trampas del modo más inesperado, a veces de la

## NORTH STONEHAM

### 1

ESTEBAN ECHÓ A CORRER porque lo hacían todos. Había estado siguiendo distraídamente el ajetreo de las hormigas que entraban y salían del hormiguero cargadas con bultos, presurosas. Pensaba y no pensaba en esos trabajos insignificantes, se preguntaba por su parecido con los de las personas. Hay niños que pisan los hormigueros por hacer algo y otros que ni siquiera se fijan en ellos. Los de su estilo se quedan pensativos mirándolos. Esteban sabía que preguntarse demasiado por las cosas es propio de niños viejos, una de las categorías más bajas en la consideración de los compañeros. Sería duro caer en desgracia con ellos y por eso en ocasiones le gustaba estar solo, hacer lo que le apeteciera sin dar explicaciones, o no hacer nada en especial, como unos momentos atrás, sentado en la hierba al sol de junio.

Levantó la vista al oír voces y vio correr a dos chicos. Se puso en pie de un salto y les preguntó por qué lo hacían. Ellos dijeron de manera alterada algo que no entendió, mientras se alejaban a gran velocidad. Estaban asustados. Sintió que se le activaba un mecanismo reciente, una señal de alarma muy sensible que últimamente saltaba a la mínima, a veces con razón y otras por el presentimiento más nimio. Se le había disparado tan a menudo en las últimas semanas que temía que actuara por su cuenta, con causa o sin ella.

Dobló la esquina de la tienda de campaña y vio la desbandada general, la carrera alocada de los niños. Comprendió que el resorte no había saltado esta vez en vano, que algo grave estaba sucediendo. Veinte o treinta chicos, puede que más, corrían como si cada uno estuviera solo. Pronto fueron cincuenta, cien, en grupos pequeños, tal vez siguiendo cada uno al más resuelto, al más amigo o al mayor. Esteban echó a correr, preguntó a voces qué pasaba. No se entendían las respuestas, todos corrían y muchos lloraban. Se figuró que a otros les pasaría lo que a él, que corrían sin ton ni son, el miedo es contagioso y el peor de los miedos es el que se tiene sin saber por qué.

Todos los corredores eran niños. A Esteban le hubiera gustado ver a algún mayor al que preguntar. A los doce años uno ha aprendido a interpretar lo que dicen los mayores, incluso sus medias palabras. Si los mayores callan con gesto serio, si disimulan o se hacen alguna señal, si cambian de conversación bruscamente, los niños despiertos imaginan que las cosas están peor de lo que parecen. A Esteban le hubiera gustado preguntar a algún adulto y valorar por su cuenta la respuesta.

Giró la cabeza y comprobó que ya debían de ser cientos los niños que corrían como flechas disparadas desde las tiendas del campamento de North Stoneham, alocadamente, en todas las direcciones, sin saber adónde, como habían corrido mayores y pequeños el día en que cayeron las primeras bombas en Somorrostro. Hubo una desbandada similar a esta de ahora, solo que entonces los mayores corrían junto a los niños. Aquella vez buscaron refugio en lugares diversos, no siempre adecuados, entre los juncos o bajo los árboles de la chopera. No sabían aún que cuando las bombas se estampan contra el suelo, el peligro no solo está en que te alcancen de lleno sino en que al instante sale disparada la metralla, esquirlas de metal que destrozan cuanto encuentran a su paso. Esteban y su familia se habían refugiado en una cueva de cayuela, cercana al bosquecillo de eucaliptos al que los niños iban a menudo para re-